

Sloterdijk realiza en esta obra, como su título indica, un ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna y sitúa el desprecio, en todas sus direcciones, como causa y consecuencia de estas luchas. Hace referencia a la desconfianza entre personas de diferentes culturas citando a Bettina Funke: "*Cuando la alta cultura se da de bruces con la baja, dos heridas abiertas se enfrentan cara a cara (...) cada parte, moviéndose entre la confianza y la desesperación, sospecha que la otra representa lo que le falta*".

Realiza una descripción de los elementos que provocan la evolución de la sociedad moderna: la pretendida emancipación que acabará colapsando al sujeto democrático con una desviación del igualitarismo, la transformación de masa tumultuosa en individualismo de masas; la transformación de la comunicación vertical en horizontal, y cómo el efecto igualitario acaba identificando identidad con indiferencia.

Finalmente apunta la situación de la cultura como elemento de excepción que permite romper el efecto igualitario y nos hace reflexionar sobre la función provocadora de la cultura en una sociedad de masas, que sin distinciones, se enfrasca en competir por los mejores lugares.

I El desarrollo de la masa como sujeto

En este capítulo nos describe cómo el proceso de emancipación puede llegar a ser decepcionante por la anulación del sujeto democrático, cómo la desviación del igualitarismo transforma una masa tumultuosa en individualismo de masas y cómo este proceso puede conducir a los fascismos.

Sloterdijk considera que la máxima que determina el contenido político del posible proyecto de la modernidad es que la masa devenga sujeto y llegue a dotarse de una voluntad y de una historia. Es decir, la legitimidad de que el poder emane de la masa, una preocupación que lo ha sido tanto para el pasado como para el presente. Sin embargo, el gran tema de la Edad Moderna, la emancipación precisamente entendida como el ascenso de la gran mayoría al estado de soberanía, puede ser percibido como un proyecto incompleto, inconcluso e incluso ofensivo, al poder suponer el colapso del sujeto democrático consciente de sus deseos, ya que en el seno de la masa se forman hombres sin perfiles.

Recurre a Canetti para describir la transformación de la masa tumultuosa en individualismo de masas. "*En busca de este momento dichoso, en donde ninguno es más, ninguno mejor que el otro, los hombres devienen masa*." Canetti hace referencia a una fase de la modernización social en la que el nuevo sujeto masificado todavía se podía congregarse ante una determinada situación de interés, se configuraban como masas congregadas y conscientes de su presencia y se percibían como una magnitud capaz de reunirse. Sin embargo, Sloterdijk considera que actualmente las masas han dejado de ser masas capaces de reunirse en tumultos y se ha entrado en un régimen en el que su propiedad de masa ya no se expresa de manera adecuada en la asamblea física, sino en la participación en programas relacionados con medios de comunicación masivos. Ahora se es masa sin ver a los otros.

El individualismo de masas se configura en el seno de la sociedad posmoderna cuando la masa, que ya no se reúne o congrega ante nada, que carece de un espacio propio y se aleja cada vez más de la posibilidad de transformar sus inertes rutinas prácticas en intensidad revolucionaria, pierde la

capacidad de reunirse y la conciencia de su potencia política. Así, la masa posmoderna se configura como una masa carente de potencial alguno, una suma de microanarquismos y soledades que puede proyectar de manera imaginaria en sus líderes su propia subjetividad. El proceso de subjetivización a través de la exaltación de los otros se presenta como una interrupción de la auténtica comprensión de uno mismo produciéndose el efecto de narcisismo de masas. El autoengaño encaminado a lograr la satisfacción se llegará a convertir en violencia política y hará que las masas se entreguen a la idea de que su yo ideal se presentaba encarnado en el Führer. La idolatría no era más que una forma de desvío del deseo de reconocimiento calificado por Sloterdijk como “salto mortal al primitivismo”, “alianza entre chusma y élite” y “desamparo organizado”. Hitler adoptó el mandato imperativo de la vulgaridad y encarnó el deseo de reconocimiento que se había convertido en enfermizo.

II. El desprecio como concepto.

Sloterdijk explica en este capítulo cómo aparecen las tensiones ligadas al respeto y al menosprecio y como serán causante de luchas culturales. Parte de que el que quiere desarrollarse menosprecia al que no se ha desarrollado, en vez de dejar en paz a la masa y no exigir su desarrollo. Así, en la alternativa de desarrollar y ofender a la mayoría o mimar, adular y seducirla se van a mover los discursos modernos, en la disputa entre los que ofenden y los que adulan.

Entre la comunicación vertical (ofensa) y la comunicación horizontal (adulación) está en liza un problema objetivo de reconocimiento y negar el reconocimiento significa despreciar. La comunicación vertical aparece personalizada en Thomas Hobbes que se propuso la tarea de convertir a la masa en súbdita, en una multitud homogénea de sometidos voluntariamente bajo la autoridad de un soberano. El súbdito ideal sería aquel que habría terminado entendiendo que sólo debe existir un único soberano, la figura del príncipe, el super-yo de los sometidos. Hobbes partía de la suposición de que todos los individuos están obsesionados por un inextinguible deseo de autoconservación, tendencia defensiva, y es en el miedo a la muerte donde debe buscarse el fundamento universal del sometimiento entendido como cuidado racional de uno mismo. El potencial más significativo del poder moderno reside en la capacidad de ser creíble a la hora de amenazar. Así la modernidad se asienta entre razón, miedo y autoconservación.

En definitiva, Sloterdijk asegura que la historia de la Edad Moderna representa una serie de rebeliones de grupos contra el desprecio y va encaminada a la institucionalización de la autoestima, exigencias de reconocimiento. Nietzsche describirá el desprecio como una cortedad de miras que busca la autosatisfacción y como un resentimiento, entendido como refugio de los débiles al desprecio moralizador de los fuertes.

III Heridas dobles

En este capítulo Sloterdijk se centra en lo que él califica como el problema inherente a la sociedad moderna: el conflicto que existe entre horizontalidad y verticalidad, lucha en torno a necesidades de legitimación y a las aspiraciones a alcanzar el pleno reconocimiento. La compleja estructura del desprecio moderno, en cuanto tal, realiza complicadas y peligrosas aproximaciones al narcisismo inseguro de las masas y las ambiciones heridas de las élites.

Describe como Fichte, fundador de la teoría de la alienación, funda en ella una sacrílega alianza entre autocosificación y autobajeza. En el pensamiento de la alienación cobra sentido la idea de que en los hombres toda actividad y toda virtud existen de un doble modo: bien en verticalidad ascendente, o bien a través de una ejecución horizontal; bien de modo auténtico, o bien corrupto.

IV Sobre la indiferencia antropológica

Sloterdijk aborda el fenómeno de deslegitimación de la nobleza como consecuencia del efecto igualitario que elimina las diferencias preestablecidas. En el efecto igualitario se canaliza un postulado epocal que ha de comprender todo tipo de diferencia antropológica como exenta de legitimidad. Aparece un intento de democratización de la nobleza. La burguesía se apresura a ofrecer un discurso acerca de la igualdad de cuna y de los derechos connaturales de todos. El mundo burgués empieza a convertir la nación en lugar de hogares de parto y en lugar donde anida la genialidad (lugar donde nacen los grandes hombres que no necesitan árbol genealógico). Los entrecruzamientos entre estas instancias engendrarán la sociedad moderna.

El proceso de emancipación conlleva la idea de que ser hombre equivale a romper con todo servicio y con toda diferencia preestablecida. A raíz de la eliminación de las diferencias preexistentes, los contemporáneos empezaron a vivir su desigualdad de otra manera. Lo que desde siempre se había revelado como algo dado y encontrado en la naturaleza ahora ya sólo son constructos sociales. No hay señores, sólo procesos de sometimiento; no hay talento natural, sólo procesos de aprendizaje; no hay genio, sólo procesos de producción. Así, todas las figuras tradicionales de la diferencia antropológica quedan eliminadas y Sloterdijk las enumera:

1. Entre hombres divinos y hombres a secas. Se niegan las diferencias con los ídolos teocráticos.
2. Entre multitud santa y profana. Con la democracia cristiana la buena masa se entiende como un conjunto de individuos obedientes.
3. Entre el sabio y la muchedumbre. El primer golpe lo inflige el igualitarismo científico con la teoría de la evolución. El otro golpe será infligido por la moderna crítica cultural, al sustituir la figura del sabio por la del intelectual.
4. Entre individuos dotados y no dotados. Representa un atentado contra su propio mito fundacional que consistía en la deslegitimación de la nobleza feudal en cuanto que ésta se apoyaba en el talento y genio natural inherentes a la aristocracia.

En cuanto a las luchas culturales, Sloterdijk apunta que éstas no pueden ser reducidas a una guerra civil universal entre partisanos defensores de la idea de libertad y los de la idea de igualdad sino que el fenómeno de la lucha cultural en cuanto tal es una disputa que se libra en torno a la legitimidad y procedencia de las distinciones en general.

V. Identidad en la masa: la indiferencia.

Sloterdijk explica cómo tras la revolución constructivista todas las distinciones que eran consideradas naturales han de ser transformadas en distinciones fabricadas y la masa no va a realizar o dar como válidas distinciones que puedan hacerla caer en desventaja. Su máxima es ahora la transformación de toda diferencia vertical en diferencia horizontal y concebir todas las distinciones sobre la base de la igualdad. Así, las diferencias horizontales son las que tienen derecho en tanto constituyen diferencias débiles, provisionales y construidas. La diferencia que no hace distinciones, he aquí el título que define a la masa. A partir de ahora identidad e indiferencia se entienden necesariamente como sinónimos. Ser masa significa diferenciarse sin hacer distinción alguna. Sólo nos podemos distinguir de los demás bajo la condición de que nuestros modos de distinguirnos no supongan ninguna distinción real. Masa obliga. Indiferencia como primer y único principio de masa.

De esta manera, se bloquea la moderna aspiración al reconocimiento de uno mismo y la declarada sociedad de la competencia tiene que distribuir sus espacios desde premisas igualitarias. La masa se enfrasca en la incesante tarea de competir por alcanzar los lugares privilegiados, por lo que si no existiera un esfuerzo constante hacia la compensación esta masa se haría pedazos a causa de sus

tensiones envidiosas endógenas. El deporte, la Bolsa y las galerías de arte generan distinciones que ayudan a reducir el odio al provocar la movilidad vertical de los sistemas sociales estratificados.

Finalmente Sloterdijk reflexiona sobre la situación de la cultura en la democracia y afirma que presupone la disposición del ciudadano a reconocer de manera voluntaria tanto un potencial superior como la tentativa exitosa y la perseverancia en el esfuerzo. El arte ha pasado a ser el asilo de las excepciones subsistentes, evoca el reino perdido de la gracia. Así, la cultura constituirá el conjunto de tentativas encaminadas a provocar a la masa que está dentro de nosotros y a tomar partido contra ella. Ella encierra una diferencia hacia lo mejor, que como todas las distinciones relevantes, sólo existe cada vez que –y mientras- se hace.